

OTREDAD, LECTURA, CULTURA. REFLEXIONES SOBRE LA LECTURA A PARTIR DE **EL QUESO Y LOS GUSANOS**, DE CARLO GINZBURG

Ramiro Segura

*Universidad Nacional de La Plata / Universidad Nacional de San Martín /
Universidad Nacional de General Sarmiento /
Instituto de Desarrollo Económico y Social (Argentina)
segura_ramiro@hotmail.com*

Resumen

El lugar de la lectura en el ya clásico trabajo “El queso y los gusanos” del historiador italiano Carlo Ginzburg es el punto de partida del presente ensayo que a la vez que se propone reconocer la productividad de la hipótesis de Ginzburg acerca de la lectura como práctica productiva y como posible locus para conocer los modos de conocer del otro, su matriz cultural, busca señalar también ciertos dilemas y tensiones no resueltas a la hora de analizar la práctica lectora e identificar operaciones de lectura.

Palabras clave: lectura – operaciones de lectura – matriz cultural – otredad.

Introducción

Escribir tiene que ir acompañado de un callarse; escribir es, en cierto modo, hacerse “callado como un muerto”, convertirse en el hombre a quien se niega la última palabra; escribir es ofrecer desde el primer momento esta última palabra al otro.

Roland Barthes, Ensayos críticos

Del mismo escrito o de la misma calle, el valor cultural varía según el uso que se hace de él, es decir según las prácticas textuales o urbanas.

Michel de Certeau, La cultura en plural

Este trabajo se interesa principalmente por la lectura, por el lugar que la lectura ocupa en la argumentación de Ginzburg (1). Considera relevante la pregunta acerca de las operaciones de lectura en tanto constituye una estrategia de análisis fructífera en el intento por conocer los modos de conocer –es decir, la matriz cultural- de los otros, en este caso a partir de un molinero italiano del siglo XVI.

Otredad, lectura, cultura. El argumento de Ginzburg es claramente identificable: el encuentro con una cosmogonía no reductible ni a la locura y lo irracional, ni a los distintos grupos heréticos del siglo XVI contemporáneos al molinero italiano conocido como Menocchio es el punto de partida para un intento de comprensión del universo cultural del cual tal cosmogonía era una expresión singular. De un lado tenemos un listado de libros, del otro una extraña cosmogonía. ¿Cómo derivar ésta de aquel? Es aquí donde hipótesis de la lectura como práctica productiva ocupa un lugar central en la indagación y reconstrucción de los elementos de dicho universo cultural. Un modo de leer, anclado en remotas tradiciones campesinas, es el supuesto de base que permite explicar el desfase o desvío entre texto y creencia y, simultáneamente, brinda indicios acerca de tal sustrato cultural.

Además de situar la hipótesis de la lectura en la estrategia de investigación general de Ginzburg el trabajo se detiene en dos cuestiones -dos tensiones, diríamos- fundamentales, no necesariamente explicitadas por el autor, pero presentes a lo largo de su trabajo. Por un lado, el estatuto de la actividad lectora. Aunque es claro que para Ginzburg se trata de una práctica creativa, productiva, es decir, propone una “aproximación positiva” a la práctica de la lectura, por momentos el énfasis en las ideas de desvío, desfase y deformación del texto por la actividad lectora corre el riesgo de transformarse en una “aproximación negativa”, es decir, identificar únicamente dónde, cuándo y cuánto el lector se aleja del texto.

Por otro lado, interesa identificar operaciones de lectura. En efecto, Ginzburg no se limita a una aproximación negativa a la lectura de Menocchio (aproximación, como veremos, necesaria pero insuficiente), sino que por el contrario la dota de positividad, al señalar lo que Menocchio produce a partir de la relación entre los textos que lee y el lugar social y cultural desde el cual los lee, mostrando lo que aquí denominaremos “operaciones de lectura”. De su exposición se desprende que las lecturas llevadas a cabo por Menocchio implican operaciones que no son equivalentes ni idénticas. Si en un primer momento parece claro que más importante que el texto es la “clave de lectura”, la matriz epistémica singular desde la cual Menocchio lee y que, al enfrentarse con los textos, produce significaciones novedosas, analizado con más detalle se ve que el texto no es un material neutro y susceptible de ser soporte de cualquier tipo de apropiación, modificación y significación. Así, si en la mayoría de las lecturas lo que predomina

es, más que el texto, la matriz a partir de la cual Menocchio reconduce el texto a su propio sistema, es decir, operaciones por medio de las cuales “se cierra”, forzándolo, el contenido del texto sobre un sistema de creencias preexistente, por otro lado, en ciertas lecturas de textos específicos parecería que éstos se imponen por sobre el modo de leer de Menocchio y la resultante de tal lectura es que “se abren” posibilidades nuevas para el lector.

El trabajo se divide en tres secciones. La primera dedicada a exponer brevemente los puntos de partida de Ginzburg. En la segunda, con los aportes de Chartier y de Certeau, se intenta arribar a un concepto de lectura como práctica activa, supuesto central pero básicamente implícito en *El queso y los gusanos*. Por último, en la tercera sección se analizan las operaciones de lectura llevadas a cabo por Menocchio –y sus efectos-. Cierra el trabajo un breve epílogo donde, a luz de lo obtenido, se reflexiona acerca de los dilemas de la lectura.

El problema, o el historiador como antropólogo

¿Cómo es posible pensar de ese (otro) modo? ¿Cómo comprender y analizar una forma de pensamiento extraña sin descalificarla por irracional o reducirla, domesticándola, a nuestro propio sistema de creencias? El problema de investigación al que Ginzburg intenta responder en *El queso y los gusanos* implicó la toma de posición en relación con dos cuestiones centrales.

Por un lado, los debates en torno a los *modos de analizar la cultura popular y sus vínculos con la cultura dominante*. Además de un problema de fuentes, ya que se intenta conocer una cultura predominantemente oral a partir de fuentes escritas doblemente indirectas (debido a ser escritas y, en tanto que escritas, producidas por individuos vinculados a la cultura dominante), existe un problema que se condensa en la pregunta ¿cómo entender la relación entre la cultura popular y la cultura dominante? Para explicitar su posición Ginzburg procede negativamente, desechando posibles respuestas. En este sentido rechaza dos posiciones simétricas e inversas en relación con la literatura de *colportage*. Tanto aquella que, representada por Mandrou, la piensa como un instrumento de aculturación de los sectores dominantes, como la posición antagónica, sostenida por Bolleme, que ve en esta literatura la expresión espontánea de una cultura popular autónoma. Ni alineación ni autonomía, entonces, de la cultura popular en relación con la cultura dominante. Es precisamente en el trabajo de Bajtin acerca de la obra de Rabelais donde Ginzburg encuentra una alternativa: dicotomía cultural, ya que no se trata de anular la distinción y la frontera, pero también influencia recíproca, circularidad entre cultura popular y cultura dominante.

Por otro lado, una vez establecido el principio de la circularidad, la discusión se desliza hacia los *problemas interpretativos que el estudio de la cultura popular plantea*. Específicamente discute la idea sostenida por un grupo de investigadores –de Certeau, Julia, Revel- que una vez que critican, al igual que Ginzburg, los estudios de Mandrou y Bolleme sobre la literatura de *colportage*, llegan a la conclusión de que la cultura popular no existe fuera del gesto que la suprime. En esta conclusión es imposible no ver las investigaciones de Foucault a quien lo que fundamentalmente le interesa son los gestos y los criterios de la exclusión, los excluidos menos. Este énfasis ha conducido, según Ginzburg, a un *irracionalismo estetizante*, a la celebración de algo incomprensible, “que no es más que el resultado de eludir el análisis y la interpretación” (pp. 15) (2).

Es en la intersección de estas dos cuestiones que se sitúa la indagación de Ginzburg: circularidad cultural e intento de comprensión de un universo cultural extraño. De esta manera, aun un caso límite como el de Menocchio es representativo. Situado históricamente en la convergencia de dos procesos históricos, la imprenta y la Reforma, su cosmogonía representa un desafío. No es reductible a los libros que leía ni a las ideas dominantes. Nos remite entonces, a un sustrato cultural rural que puede emerger en un contexto de circularidad entre las culturas dominante y popular. “Aquella cultura fue destruida. Respetar en ella el residuo de indescifrabilidad que resiste todo tipo de análisis no significa caer en el embeleco estúpido de lo exótico y lo incomprensible” (pp. 24) (3)

La lectura

Sin abolir la frontera y la distinción entre sectores sociales (distinción y frontera que, como veremos, se manifiesta entre otras cosas en los modos de leer), Ginzburg propone pensar la circulación de elementos culturales poniendo de este modo en cuestión el supuesto de que es posible identificar la cultura popular mediante la descripción de cierto número de objetos –textos, creencias, costumbres, prácticas. Como ha señalado en diversas oportunidades Chartier (1984) para el caso de la Francia del Antiguo Régimen, no es sencilla la tarea de atribuir formas –como la Biblioteca Azul- a determinados sectores sociales. Y esto no sólo porque la distribución es mucho más compleja de lo que en principio se podría suponer, no existiendo correspondencia necesaria ni estable entre determinado objeto y un sector social, sino fundamentalmente porque los modos de apropiación de tales formas son más importantes y significativos que su distribución. De este cuestionamiento se desprende que no es suficiente preguntar acerca de la producción y distribución de los objetos, sino por también por su consumo, por las modalidades de uso y apropiación de los mismos (ver también Hall, 1984)

Y esta inquietud está presente en las páginas de *El queso y los gusanos*. Por un lado, Ginzburg confecciona una lista de los libros que Menocchio leyó (pp. 62-62), muchos de los cuales no estaban especialmente dirigidos a una audiencia popular. De esta lista “parcial” (pp. 66) de once libros, seis “se los prestaron”, lo que indica la existencia “en una minúscula comunidad, de una red de lectores” (pp. 64) caracterizada por “una intensa circulación” de libros que incluye desde curas hasta mujeres. De este dato se sigue que “el libro formaba parte de la experiencia común, era un objeto de uso tratado sin gran cuidado” (pp. 65), lo que lleva a Ginzburg a sostener, contra un presupuesto generalizado acerca de los sectores populares, que “es sorprendente que en una pequeña aldea perdida en las colinas se leyese tanto” (pp. 65). Por otro lado, tales libros “no nos sirven para esclarecer de qué manera Menocchio había llegado a formular lo que uno de sus paisanos definía como ‘opiniones fantásticas’” (pp. 67), a pesar de que el mismo Menocchio “señalaba como fuente de sus propias ideas una serie de libros impresos” (pp. 68).

Es en esta distancia imposible de superar entre los libros leídos y las creencias de Menocchio donde emerge como hipótesis de trabajo la idea de los modos de lectura, la pregunta por las modalidades de uso y apropiación. “Almanaques, coplas, libros piadosos, vida de santos, todo el variopinto opusculario que constituía la masa de la producción libresca de antaño, nos parece actualmente estático, inerte, siempre igual a sí mismo; pero, ¿cómo lo leía el público de entonces? ¿En qué medida la cultura primordialmente oral de aquellos lectores interfería con el disfrute del texto, modificándolo, reconfigurándolo hasta casi desnaturalizarlo?” (pp. 20).

Proponer la lectura como clave explicativa supone poner en cuestión la idea habitual de la lectura asociada a la pasividad, entendida como práctica carente de creatividad. En efecto, esta idea deriva de lo que Michel de Certeau (2000) denominó ideología de la información por medio del libro, es decir, “la pretensión que tienen los “productores” de informar a una población, es decir de “dar forma” a las prácticas sociales” bajo el supuesto “de que con más o menos resistencia, el público se ve modelado por lo escrito, que se vuelve parecido a lo que recibe” (pp. 178-179). En lugar de pensar al consumo como una práctica mediante la cual uno se vuelve parecido a lo que se absorbe, de Certeau propone pensarlo como una práctica mediante la cual uno lo hace parecido a lo que se es, es decir, lo hace suyo, se lo apropia. Si esto es así –y el caso de Menocchio se dirige indudablemente en esta dirección- simultáneamente se debe restituir la dimensión productiva de una práctica como la lectura y, a la vez, relativizar la pretensión de una práctica (la escritura) real pero particular, que no agota el sentido ni lo fija.

El acto de lectura supone, entonces, al menos tres elementos: la escritura, el texto y el lector. Si bien existe una marcada división social del trabajo que instaura una frontera entre escribir y leer (binomio que según de Certeau podría suplantar en nuestra sociedad al de producir-consumir) lo que se debe cuestionar es la igualación de la lectura a la pasividad. La jerarquía entre ambas prácticas existe, sin embargo trabajos como el de Ginzburg muestran que la lectura, “producción silenciosa” (de Certeau, 2000: 52), modifica su objeto. Así, el texto “es una reserva de formas que esperan sus sentidos del lector (...) sólo se vuelve texto en relación con la exterioridad del lector, mediante un juego de implicaciones y de astucias entre dos tipos de “espera” combinados: el que organiza un *espacio legible* (una literalidad), y el que organiza un camino necesario hacia la *efectuación* de la obra (una lectura)” (de Certeau, 2000: 182-183). La lectura, entonces, como la apropiación y realización particular y efímera de un texto, un espacio legible, por parte de un lector.

Por último, lo anterior no implica pasar por alto el hecho de que la pluralidad indefinida de “escrituras” –potenciales o efectivas- producidas por las lecturas tiende a regularse o desconocerse por la frontera que circunscribe lo “propio” del texto, frontera que le da autonomía semántica, transformándola en el secreto de una obra, interpretable y transmisible sólo por especialistas. Así, la institución social sobredetermina la relación con el texto. “La lectura está de alguna forma obliterada por una relación de fuerzas (entre maestros y alumnos, o entre productores y consumidores) (4) de la cual se vuelve instrumento. El uso del libro por parte de los privilegiados lo establece como un secreto del cual estos últimos son los verdaderos intérpretes” (de Certeau, 2000: 184). De este modo, su lectura se transforma en “literalidad” ortodoxa que reduce las otras lecturas a ser heréticas o insignificantes.

Sin lugar a dudas, Menocchio en tanto que lector si sitúa en la intersección de estos problemas. La imprenta le permite acceder a lo que tiempo antes era un privilegio impensable para un molinero, los libros y la lectura. Paradójicamente, su actividad lectora, nunca asegurada contra el paso del tiempo, por definición efímera, llega hasta nosotros en tanto fue considerada herética por la institución que durante mucho tiempo tuvo el monopolio absoluto sobre las significaciones de la palabra escrita y que, como era de esperar, la fijó en un texto (5). Veamos, entonces, cómo leía Menocchio.

Operaciones de lectura

De un lado tenemos una lista de textos; del otro, una cosmogonía que no se “deduce” de tales textos –al menos, de las lecturas que nosotros haríamos de los mismos. ¿Cómo han sido leídos esos textos? ¿Desde dónde? Si en cada acto de lectura “un mundo diferente (el del lector) se introduce en el lugar del autor” (de Certeau, 2000: 52), quien resigna así la última palabra sobre lo escrito (Barthes, 2003), orden que sirve de apoyo a innumerables producciones, ¿de qué mundo se trata en el caso de

Menocchio? ¿y qué mutaciones realiza en el texto? ¿por medio de qué tipo de operaciones?

El desfase entre texto y cosmogonía no puede ser explicado ni por (simplistas) argumentaciones verticalistas ni por (insuficientes) indagaciones acerca de la producción y distribución de objetos culturales. Tampoco, sin embargo, tal desfase es atribuible a la individualidad de Menocchio. El “anclaje” desde el cual Menocchio lee es la cultura popular. “Como la lengua, *la cultura* ofrece al individuo un horizonte de posibilidades latentes, una jaula flexible e invisible para ejercer dentro de ella la propia libertad condicionada” (pp. 18; las cursivas son mías). Aunque el caso de Menocchio sea poco corriente –y el desfase más pronunciado– su cosmogonía es en gran medida producto del encuentro entre cultura oral y palabra impresa. Es la existencia de un sustrato cultural que Menocchio comparte con otros el que explica el desfase –y a la vez, el desfase da indicios acerca de dicho sustrato cultural (6).

¿Cómo procede Ginzburg? “Si cotejamos uno por uno los pasajes de los libros citados por Menocchio, con las conclusiones que él saca de los mismos (...) tropezamos siempre con un hiato, una desviación a veces profunda. Cualquier intento de considerar estos libros como “fuentes”, en el sentido mecánico del término, se derrumba ante la agresiva originalidad de la lectura que de ellos hace Menocchio” (pp. 68).

Si bien la idea de desfase podría conducir a una definición negativa de la lectura de Menocchio –“medir el desfase (...) entre los textos de la literatura “popular” y el modo en que los leían campesinos y artesanos” (pp. 20), es decir, señalar cuánto se alejan de lo escrito–, una vez señalado el desfase (aproximación negativa como estadio de la indagación) Ginzburg procede en sentido inverso, dota de positividad a la lectura. No sólo señala en qué no reproducía el modo “legítimo” de leer, sino que nos brinda elementos para conocer el modo de leer de Menocchio (aproximación positiva) (7).

Menocchio lee con una agresiva originalidad, producto del “encuentro de la página impresa con la cultura oral”. Menocchio interpone inconscientemente entre él y la página impresa “un tamiz que pone de relieve ciertos pasajes y oculta otros, que exasperaba el significado de una palabra aislándola del contexto, que actuaba sobre la memoria de Menocchio (8) deformando la propia lectura del texto (9). Y este tamiz, esta *clave de lectura*, nos remite continuamente a una cultura distinta de la expresada por la página impresa: una cultura oral” (pp. 68; las cursivas son mías).

Menocchio trabaja a partir de los textos que le sirven de soporte. Las palabras elegidas por Ginzburg intentan transmitir la materialidad de su práctica: Menocchio mastica, exprime, rumia las palabras, durante años las frases fermentan en su memoria (pp. 82), deforma agresivamente el texto (pp. 84), tritura sus lecturas (pp. 90), en lugar de repetir, produce reelaboraciones originales (pp. 88).

Es factible, a partir de los ejemplos señalados por Ginzburg, identificar una multiplicidad de “operaciones de lectura” donde cada una de ellas “podría ser representada –según de Certeau– como una *trayectoria* relativa a un *lugar* que determina sus condiciones de posibilidad. Es la *práctica de un espacio* ya construido cuando ella introdujo una innovación o un desplazamiento” (1994: 202; con cursivas en el original). Se trata de movimientos realizados en un orden y a partir de él, un lugar, un texto, que “inscriben creaciones en las coherencias” (pp. 203). Estas operaciones se podrían agrupar básicamente en dos tipos, según la relación que en cada una de ellas se establece entre lector, texto y clave de lectura.

De un lado, las operaciones –la inmensa mayoría de los ejemplos que analizados por Ginzburg– que podríamos denominar de “cierre”, sintetizadas en la expresión “más importante que el texto es la clave de lectura” (pp. 68). Ginzburg dedica varias páginas a dar ejemplos de operaciones de lectura de creciente complejidad donde, sin embargo, hay un punto de encuentro: el texto es una materia inerte y sólo significan para Menocchio aquellos pasajes donde él se reconoce y reconoce sus creencias previas. Así, Ginzburg nos muestra, entre otros, como en la lectura del *Rosario della gloriosa Vergine Maria* “un detalle [la virgen María acompañada de otras mujeres] pasaba a ser el centro de su razonamiento, modificando su sentido global [María en un templo de las vírgenes]” (pp. 69); como invierte el sentido cuando “el filtro de la memoria de Menocchio transforma la narración de Varagine [*Legionario de le vite de tutti li santi*] en lo contrario [de milagro de María a, acorde con su creencia, condición miserable de María]” (pp. 71); como cae en el anacronismo cuando [en *Viajes de sir John Mandeville*] una “panorámica de la corrupción de la cristiandad, escrita doscientos años antes, fue sin duda leída por Menocchio como si fuese un texto contemporáneo y muy actual” en el “que pudo hallar a lo sumo una confirmación y una legitimación de su despiadada crítica a la Iglesia” (pp. 81).

De ahí que las denominemos “operaciones de cierre”: predominio de la matriz a partir de la cual Menocchio reconduce el texto a su propio sistema de creencias preexistente. En todos estos ejemplos su lectura es “evidentemente unilateral y arbitraria, casi ansiando la confirmación de ideas y convicciones sólidamente establecidas” (pp. 72) y, “aún si la interpretación de Menocchio había sido desencadenada por su contacto con el texto, sus raíces se hundían profundamente” (pp. 77).

Así, paradójicamente, lo novedoso de estas lecturas se debe a la comparación con nuestro modo de leer esos mismos textos y lo que en ellos encontramos, y no en relación con Menocchio, para quien su lectura del texto –que desde nuestra perspectiva lo disloca, descontextualiza fragmentos, toma metáforas al pie de la letra, procede analógicamente, invierte el sentido– sólo viene a

confirmar lo que ya conocía con anterioridad.

Por otro lado, nos encontramos con operaciones de lectura que “abren”. “Y sin embargo –escribe con misterio Ginzburg-, había textos que habían significado mucho para Menocchio” (pp. 78). Entre éstos se destaca los *Viajes de sir John Mandeville*, texto francés de mediados del siglo XIV. Aunque Ginzburg lo trabaja por separado, también sobre este texto Menocchio pudo desarrollar su lectura unilateral y arbitraria; sin embargo, lo interesante es que, como sostuvo Menocchio en su proceso, “lo que he dicho lo he dicho por aquel libro de Mandavilla que he leído (...) que *me ha trastornado todo*” (pp. 78; las cursivas son mías).

Para interpretar este trastorno Ginzburg se dirige a analizar el *contenido del libro* (10), dividido en dos partes –una, un itinerario a Tierra Santa, rica en observaciones precisas y documentales; la otra, un viaje a Oriente, hacia Chica, notablemente fantástica. Aunque en la primera parte “su rechazo del valor sacramental de la confesión hallaría ahí confirmación, o puede que estímulo” [cuando trata diversas formas de cristianismo] (pp. 79) y de que en la misma pudo acceder a una “exposición sobre la religión de Mahoma” donde aprender “algunas de las tesis sostenidas por los mahometanos, concordante en parte con afirmaciones suyas” (pp. 80), no provenía de ahí el *sentido de turbación* de Menocchio, sino de la segunda parte. Al tener contacto con relatos y descripciones de una multiplicidad de leyes, credos, costumbres y dioses “el universo de Menocchio se expandía portentosamente” (pp. 81). Ya no se trataba –al menos no únicamente- de confirmar por medio de una lectura unilateral y arbitraria del texto lo ya conocido sino que, por el contrario, “la diversidad de creencias y de usos relacionados por Mandeville le indujeron a *reflexionar sobre el fundamento de sus propias creencias*” (pp. 82; las cursivas son mías). Y, aunque de todos modos “el borbotón de las preguntas que él le hacía al texto iba mucho más allá de la página impresa” [ya que también en esta lectura Menocchio deforma el texto y, contrariamente a lo que sostiene Mandeville, la multiplicidad de creencias lo llevan a rechazar la inmortalidad del alma], “en este caso la función del texto distaba mucho de ser secundaria: *y de allí saqué esta opinión mía de que muerto el cuerpo muere también el alma, ya que hay tantas y distintas suertes de naciones que creen de una manera y de otra*” (pp. 85; con cursivas en el original).

Así, mientras en el primer tipo de operaciones la clave de lectura se impone sobre el texto, reconduciendo su contenido a un sistema de creencias preexistente, en el último tipo de operaciones la apropiación del texto –también desviada ¿cómo iba a ser de otro modo? (11) – abre horizontes, posibilita reflexiones, exige replanteos, conduce a deducciones. Se trata, en definitiva, de dos operatorias que un lector realiza a partir del encuentro con la página impresa y, más allá del caso específico, podrían considerarse como dos formas de entender, de manera sin dudas esquemática, una práctica sumamente compleja como la lectura. Dos tipos de operaciones, dos modos de apropiación de los textos. En ninguno el texto informó –dio forma- a un lector pasivo que se volvía similar a él; por el contrario, se trató de prácticas activas, de un trabajo o movimiento, a partir y sobre el orden del texto, transformándolo. Sin embargo, mientras en las operaciones de cierre una apropiación agresiva y unilateral volvía al texto (por medio de inversiones, fragmentaciones, anacronismos, etc.) similar al lector, en las de apertura el texto dejaba de ser una materia inerte susceptible de múltiples modificaciones unilaterales por parte del lector y, a su vez, “informaba” al lector, transformándolo.

Epílogo

Antes de finalizar interesa señalar tres cuestiones relativas a la lectura y su análisis que, aunque surgidas a partir de reflexionar sobre el trabajo de Ginzburg, tienen un alcance mayor. No se trata de sentencias, sino de tensiones irresueltas, de caminos que aún hay que recorrer, de preguntas que no hallan aquí una respuesta sino tan sólo su formulación.

En primer lugar, parecería que todo análisis acerca de la práctica lectora se enfrenta a la paradoja –o la ironía- de tener que fijar el contenido de un texto para luego poder conocer qué hacen los lectores con él. En tanto el/los sentido/s de un texto no se halla/n en el texto mismo sino en la/s lectura/s del mismo, lo que habitualmente conocemos como su “contenido” no es más que el producto de una lectura –particular, contingente y realizada desde un anclaje específico- a partir de la cual se medirán los desvíos, hiatos y deformaciones. Así la literalidad del texto, patrón de los desvíos, existe en tanto olvida sus condiciones de posibilidad (la lectura, una lectura autorizada).

En segundo lugar, una vez desechado el supuesto de la pasividad del lector, parece que existen –esquemáticamente, al menos- dos posibilidades para mostrar cómo los lectores consumen un texto. Una aproximación negativa, que muestra dónde y cuánto se aleja el lector del texto (lo deforma); otra, una aproximación positiva, que una vez identificado el hiato intenta señalar el por qué, el para qué y el cómo de tal lectura (lo transforma, lo usa).

Por último, el caso analizado por Ginzburg posibilitó clarificar dos cuestiones. Por un lado, no existe la pasividad en la lectura, pasividad sustentada en el supuesto de la transparencia y total coincidencia entre lo escrito y lo leído. Por otro lado, la lectura, práctica productiva, implica múltiples formas de apropiación de lo escrito, la mayoría de las cuales podrían tener como extremos aquellas operaciones que se han denominado aquí “de cierre” (una lectura arbitraria y unilateral del texto, una lectura que busca confirmar lo que ya se conoce) y “de apertura” (una lectura en la cual la apropiación del texto abre senderos, perturba y moviliza).

Notas

[1] Una versión anterior del presente ensayo fue presentada para la aprobación del seminario "Investigación en Ciencias Sociales III" coordinado por la Dra. Elizabeth Jelin en el marco del Programa de Doctorado en Ciencias Sociales de la Universidad Nacional de General Sarmiento y el Instituto de Desarrollo Económico y Social.

[2] En razón de la abundante cantidad de citas extraídas de *El queso y los gusanos*, se referirán tan sólo los números de página correspondientes a la edición trabajada. Ginzburg, Carlo (1996) *El queso y los gusanos*. Barcelona: Atajos.

[3] El historiador como antropólogo, o la preocupación antropológica del historiador, decíamos: el reconocimiento de un residuo o resto indescifrable no implica renunciar al intento de comprensión de una "lógica", punto de vista o perspectiva diferente, la del otro.

[4] Entre Iglesia y fieles, se podría agregar en nuestro caso. De hecho, de Certeau no pasa por alto la alianza entre Iglesia y escritura, su vinculación con la idea de la lectura como información –dar forma- a un público y los problemas que se desatan en la institución eclesiástica cuando pierde el monopolio sobre ambas prácticas.

[5] Aunque excede los objetivos de este trabajo Ginzburg señala que Menocchio no sólo vivió "en primera persona el salto histórico, de alcance incalculable, que separa el lenguaje gesticulado, murmurado, chillado, propio de la cultura oral, de aquel otro, carente de entonación y cristalizado sobre el papel, propio de la cultura escrita", sino que "sentía la necesidad de apoderarse de la cultura de sus adversarios. Comprendía que la escritura, y la capacidad de apoderarse de la cultura escrita y transmitirla son fuentes de poder" (pp. 99). Más allá de que esto último sea así o no, dos observaciones de Chartier (1984), que matizan el contraste simplista entre cultura oral y escrita, serían aplicables al caso de Menocchio y su época: por un lado, que entre alfabetismo y analfabetismo existen varias habilidades de lectura; por otro, que entre la lectura privada y la escucha pasiva existen diversas actitudes hacia la cultura impresa.

[6] Ginzburg evita así caer en los dos extremos habituales a la hora de pensar las prácticas sociales: tanto el que las considera reflejo determinado de estructuras sociales profundas como el que las atribuye a la creatividad individual. Aquí, por el contrario, tenemos a un actor histórica y socialmente situado que articula –de manera creativa- el lenguaje que disponía por el lugar social e histórico que ocupaba. Precisamente es su énfasis en las posiciones sociales lo que lleva a que Ginzburg prefiera cultura popular a mentalidad colectiva: "El clasismo genérico no deja de ser un gran paso adelante respecto del interclasismo" (pp. 22).

[7] La indicación de estas dos posibilidades –aproximaciones negativa y positiva- se debe a que es poco feliz la noción de desfase entre texto y lectura. Por detrás subyace la idea de que hay –o debería haber, o en ciertos casos efectivamente hay- una adecuación entre lo escrito y lo que se lee. Parecería que, pese a orientar su obra en un sentido muy distinto, aún persiste en Ginzburg cierto "resto" de este supuesto. Si la lectura es una práctica creativa y el sentido del texto procede de la misma, no existiría desfase entre texto y lectura o, lo que es lo mismo, todas las lecturas serían desfasadas. Así, ¿respecto a qué podría ser una lectura desfasada? Si sólo podemos conocer un texto leyéndolo y esta práctica implica la transformación del mismo, no quedan dudas que el desfase sería respecto a una lectura entre muchas, lectura que se considera la correcta, la que pretende extraer "la verdad del texto". De hecho, como ha señalado de Certeau, los análisis centrados en el producto (en este caso, el texto, descuidando la lectura) son posibles sobre la base de dos olvidos. Por un lado, que "el sentido del texto es efecto de procedimientos interpretativos aplicados sobre la superficie del texto"; por otro, "la ideología que pretende querer atenerse al texto y dejarlo hablar ignora su propio funcionamiento, disfraza la exclusividad que asegura a las prácticas de lectura propias de un medio: lo que *dice* oculta lo que *hace*" (1994: 201; con cursivas en el original).

La tensión parece, pues, irresoluble, un riesgo que debe tomar el análisis, ya que ¿no resulta una ironía que para mostrar la creatividad de la práctica lectora debamos comparar lo que ésta hace del texto con el "texto", con su contenido, que no es otra cosa que nuestra lectura (autorizada y, por lo mismo, "olvidada" en tanto lectura) del mismo?

[8] De vez en cuando emerge esta oscilación: ¿es Menocchio quien articula el lenguaje –la cultura- de que dispone? O, por el contrario ¿es la cultura la que actúa a través de Menocchio? Sin dudas, Ginzburg se inclina por la primera posibilidad: la cultura como una lengua que brinda tanto límites como posibilidades para la acción. Sin embargo en algunos pasajes parece acercarse a ciertas posiciones que comparten tanto el culturalismo como el estructuralismo: los sujetos son efectos de, según el caso, la cultura o la estructura (una lectura de la obra de Ginzburg como orientada a la revalorización del programa de investigación estructuralista se encuentra en Anderson, 1998).

[9] La calificación de una lectura como deformante del texto sugiere los mismos problemas que señalamos en relación con la idea de desfase: el texto tiene una forma e (in)forma al lector; caso contrario, el lector (de) forma el texto. Nuevamente, parecerían persistir ciertos restos de una aproximación negativa, mostrándonos lo dificultoso que es escapar a los dilemas que introduce la sobredeterminación social de la "literalidad" de los textos.

[10] El análisis de la lectura de Ginzburg se basa exclusivamente en el contenido de los libros. Investigaciones posteriores sobre la lectura han resaltado la importancia que para entender los modos de apropiación de un texto tienen la forma, la grafía, la materialidad, el formato, etc.

[11] A partir de los trabajos de Hoggart sobre la lectura de la prensa por parte de la clase obrera inglesa y de Veyne dedicado a la relación de los griegos con sus mitos, Chartier define a un "lector popular" como aquél que, cualquiera sea su condición social, establece "un tipo de relación distanciada, crédula e incrédula, atenta e impertinente con el texto leído" (s/r, pp. 10). Si bien en esta descripción del "lector popular" se observa el esfuerzo por evitar caer en una relación mecánica entre clase y cultura, el problema estriba en que una lectura no puede –al menos no únicamente- ser considerada desviada en relación con el "contenido" de un texto, sino que, en tanto lo popular se define con relación a lo dominante, también se la debe pensar en estrecha vinculación con "la" lectura, aquella que fija el "contenido" que generalmente, como dijimos, es posible en tanto no aparece como lo que es: una lectura que hace de su desviación la "literalidad" del texto.

Bibliografía

ANDERSON, Perry. "Pesquisa nocturna: Carlo Ginzburg", en: *Campos de Batalla*. Barcelona, Anagrama, 1998.

BARTHES, Roland. *Ensayos críticos*. Buenos Aires, Seix Barral, 2003.

CHARTIER, Roger (s/r) "Lo popular: entre desprecio y Mercado, entre creencia y distancia".

CHARTIER, Roger. "Culture as Appropriation: Popular Cultural Uses in Early Modern France", en: Kaplan, Steven (Ed.). *Understanding popular culture. Europe from the Middle Ages to the Nineteenth Century*. 1984.

DE CERTEAU, Michel *La cultura en plural*. Buenos Aires, Nueva Visión, 1994.

DE CERTEAU, Michel *La invención de lo cotidiano I*. México, ITESO, 2000.

GINZBURG, Carlo *El queso y los gusanos*. Barcelona, Atajos, 1996.

HALL, Stuart. "Notas sobre la deconstrucción de lo popular", en Samuel, R. (ed.) *Historia popular y teoría socialista*. Barcelona, Crítica, 1984.